

CAPÍTULO VI

Los jefes políticos.

§ 471. Desde el origen de las sociedades se observa la existencia de los tres elementos citados de la estructura política. Vamos ahora á estudiar el desarrollo del primero. En los dos capítulos anteriores hemos dicho algo y hemos dejado entender mucho más sobre la importante diferenciación que resulta del establecimiento de la autoridad de un jefe. Lo que expresamos entonces desde un punto de vista general vamos á estudiarlo ahora bajo diversos aspectos particulares.

«Habiendo preguntado Rink á los naturales de Nicobar quién era entre ellos el jefe, se echaron á reir ante la idea de que pudiera creer que un solo hombre tenía alguna autoridad sobre número tan crecido de sus semejantes.» Cito este párrafo para recordar la resistencia opuesta en un principio á las pretensiones de un miembro del grupo, dirigidas á arrogarse la supremacía, resistencia débil en algunas razas humanas, considerable en las más y muy enérgica en varias. Á los ejemplos ya citados de tribus que no tienen jefe pueden añadirse otros. En América los haidahes, pueblo en que «todos los individuos parecen iguales» (1);

(1) Bancroft, *The Native Races of the Pacific States of North America*, I, 168.

las tribus de California, en que «cada cual hace lo que quiere» (1); los navajos, «cada uno de los cuales es soberano en lo tocante á sus derechos como guerrero» (2). En Asia los angamies, «que no tienen jefe reconocido, aunque eligen á un hombre encargado de llevar la palabra, quien en todas las ocasiones carece de poder y es irresponsable» (3).

La débil subordinación que existe en los grupos incultos no se manifiesta hasta que se deja sentir imperiosamente la necesidad de una acción común y se hace indispensable una autoridad para que esta acción tenga eficacia. En lugar de recordar los ejemplos, ya citados de autoridad temporal de los jefes, presentaremos otros nuevos. Los naturales de la Baja California «tienen uno ó varios jefes encargados de dirigirlos en la guerra ó en la caza, y á los cuales se elige para estos casos» (4). Se dice que el poder de los jefes de los cabezas-chatas termina con la guerra (5). «Entre los indios de Vancouver el jefe no tiene autoridad alguna y se limita á dirigir los movimientos de su banda en las incursiones guerreras (6).»

Como ya hemos dicho, la insubordinación primitiva es mayor ó menor según que las condiciones del medio ó las costumbres favorecen ó dificultan el ejercicio de la coacción. «Los naturales de la Baja California, dice Baegert, parecen piaras de cerdos salvajes que corren de aquí para allá á su capricho, reuniéndose un día y dispersándose al siguiente hasta que algún su-

(1) Bancroft, *The Native Races of the Pacific States of North America*, I, 168.

(2) Idem, *id.*, I, 508.

(3) Stewart, *Journal Asiatic Society*, Bengal, XXIV.

(4) Bancroft, obra citada, I, 865.

(5) Idem, *id.*, I, 275.

(6) Idem, *id.*, I, 217.

ceso viene á juntarlos de nuevo (1).» Según Franklin, los jefes «de los chippewayenos no carecen por completo de autoridad» (2), y este pueblo forma reducidas bandas errantes. Los abipones, «para los cuales la agricultura es tan insoportable como la permanencia en un sitio fijo» y «que no cesan de trasladarse de un lugar á otro, dice Dobrizhoffer, no respetan á su cacique como á señor, ni le pagan tributo, ni le prestan servicio alguno, como es uso en las demás naciones» (3). Lo mismo sucede, en condiciones análogas, entre razas de tipo muy diferente. Burckhardt observa que entre los beduinos «los jeques no tienen autoridad alguna fija». Según otro autor, «se deponen al jefe que ha apretado demasiado el vínculo del vasallaje y se le abandona en términos que, ó queda reducido á la categoría de uno de tantos miembros de la tribu, ó permanece enteramente aislado» (4).

Indicados estos tres hechos, la ausencia de autoridad política al principio, la resistencia que su establecimiento ocasiona y las circunstancias que permiten eludir su acción, podemos preguntarnos qué causas son las que favorecen el desarrollo de esta institución. Ha habido varias y la autoridad del jefe se ha establecido en proporción á la concurrencia de ellas.

§ 472. Entre todos los miembros del grupo primitivo, que se diferencian poco unos de otros, no puede dejar de existir alguno que posea una superioridad reconocida. Puede ser ésta de diversos grados. Vamos á examinarlos rápidamente.

Como caso excepcional debemos citar ejemplos en

- (1) Bancroft, obra citada, I, 565.
- (2) Cap. J. Franklin, *Narrative of a Journey to Shores of Polar Sea*, 1823, 159.
- (3) Dobrizhoffer, *Abipones*, II, 162.
- (4) *Rambles in Syria*, 9.

que la superioridad está de parte de un extranjero eminente. Los jefes de los kondos «son de ordinario descendientes de algún audaz aventurero» (1), de raza india. Forsyth afirma otro tanto de «la mayor parte de los jefes» de las tribus montañosas del Asia central (2). Las tradiciones de Bochica entre los chibchas, de Amalicava, entre los tamanaques y de Quetzalcoatl entre los mejicanos, hacen sospechar que la institución de los jefes tuvo en estos pueblos origen parecido. Pero en lo que principalmente debemos fijarnos es en las condiciones de superioridad desarrolladas en el seno de la tribu.

La primera es la superioridad que da la edad avanzada. Aunque la edad, cuando trae consigo la incapacidad, es muchas veces, en los pueblos de salvajes, objeto de desprecio, llevado hasta el punto de matar ó de dejar morir á los ancianos, esto no impide que, en tanto que el anciano conserva su capacidad, la mayor experiencia que le han dado los años le asegure generalmente cierto influjo. Los esquimales, que no tienen jefe, «manifiestan respeto á los ancianos y á los fuertes». Burchell dice que, entre los boschismanos, los viejos parecen ejercer hasta cierto punto la autoridad de jefes (3), y lo propio se ve entre los salvajes de Australia. Entre los fuegianos «los jóvenes aceptan como ley las palabras de los viejos» (4). Cada banda de los veddahes «tiene un jefe, el anciano más enérgico de la tribu» (5), que es quien reparte la miel, etc.

(1) Mayor general John Campbell, *Wild Tribes of Khondistan*, 1864, 50.

(2) Cap. J. Forsyth, *Highlands of Central India*, 9.

(3) Burchell, *Travels into the Interior of Southern Africa*, I, 453.

(4) Almirante Fitzroy, *Narrative of the Surveying Voyages of the "Adventure," and "Beagle," 1826*, 30, II, 138.

(5) Tennant, *Sketches of the Natural Story of Ceylon*, II, 440.

En pueblos más adelantados se observa lo propio. Los dayakes del Norte de Borneo no tienen jefes reconocidos, pero siguen los consejos del anciano de quien son parientes» (1). Según Edwards, los caribes, entre los cuales no existe gobierno, «reconocen, no obstante, cierta autoridad á los ancianos» (2).

En las sociedades incultas la fuerza da naturalmente preeminencia. Además del prestigio de la edad, «la fuerza corporal es causa de distinción entre los boschismanos» (3). Los jefes de los tasmanios eran hombres de gran estatura y muy vigorosos; «en lugar de obedecer á un jefe electivo ó hereditario, obedecían las gentes al matón de la tribu» (4). Una observación de Sturt indica que la soberanía tuvo idéntico origen entre los australianos. En la América del Sur se observa lo propio. Entre los tapajos dice Bates que se podían distinguir las huellas del jefe de las de los otros miembros de la tribu por su mayor tamaño y lo largo de los pasos» (5). En las tribus de beduinos, «el más violento, el más fuerte ó el más hábil adquiere una autoridad completa sobre sus compañeros» (6). En un período más adelantado el vigor físico continúa siendo todavía una de las cualidades más importantes; en la Grecia homérica, por ejemplo, donde la edad no compensaba el declinamiento de la fuerza, «un jefe anciano, aunque fuera Peleo ó Laertes, no podía conservar su posición». Nadie ignora que en Europa, du-

(1) Spencer St. John, *Life in the Forest of the Far East*, 1862, I, 375.

(2) Edwards, *History of the Brithis West Indies*, 1819.

(3) Lichtenstein, *Travels in Southern Africa*, II, 194.

(4) Lloyd, *Thirty three Years in Tasmania and Victoria*, 1862, 56.—Dore, *Tasmanian Journal*, I, 253.

(5) Bates, *Naturalist on River Amazona*, 271.

(6) Burchell, obra citada, III, 44.

rante la Edad Media, la conservación de la autoridad dependía en gran parte de las hazañas del jefe. No hace mucho más de dos siglos que en las islas occidentales de Escocia «un jefe de tribu joven tenía el compromiso de honor de dar una muestra pública de su valentía antes de ser reconocido y proclamado depositario del poder» (1).

La superioridad intelectual, ya sola, ya unida á otras cualidades, es por lo general otra de las causas de predominio. Entre los indios serpientes es jefe «el guerrero que inspira mayor confianza» (2). El jefe reconocido entre los crickes, dice Schoolcraft, «se eleva por encima de los demás por la superioridad de sus talentos y de su capacidad política» (3), y entre los comanches el cargo de jefe no es hereditario, sino que «lo debe el que lo ocupa á su habilidad, á la superioridad de su saber y á sus triunfos en la guerra» (4). Entre los coroados el jefe es un guerrero que «por su fuerza, su destreza y su valor ha sabido conquistar alguna autoridad» (5). Los ostiacos demuestran respeto, en el más amplio sentido de la palabra, á su jefe cuando es entendido y valeroso, pero este homenaje es voluntario y no constituye una prerrogativa del cargo» (6).

Otra fuente de poder político en las tribus primitivas es la importancia de los bienes; la riqueza es, á la vez, un signo indirecto de superioridad y una causa

(1) Martin, *Account of the Wetsern Isles of Scotland*.

(2) Lewis and Clarke, *Travels to the Source of the Missouri*, 1814, 306.

(3) Schoolcraft, *Expeditions of the Sources of the Mississipi*, 1855, II, 130.

(4) Idem id.

(5) Spix and Martins, *Voyages au Brasil*.

(6) *Revelations of Siberia*, II, 269.

directa de influencia. Entre los tacullis se llega fácilmente á ser *miuty* ó jefe cuando se puede obsequiar de vez en cuando con un festín á toda la aldea» (1). Entre los toluas de la región del Norte el dinero es lo que da el puesto de jefe» (2). Los spokunes «no tienen jefe reconocido» (3), pero entre ellos un hombre inteligente y rico gobierna con su influencia á la tribu. Entre los navajos, que tampoco tienen jefe, «todo hombre rico tiene bajo su dependencia á muchas personas que obedecen sus órdenes en la paz y en la guerra» (4). Por último, para demostrar que lo mismo pasa en Africa, se puede añadir un pasaje de Henglin, que dice que «un jefe dor es generalmente el hombre más rico y más estimado de las aldeas ó de las cercanías» (5).

En las sociedades que no han alcanzado cierto adelanto político, la superioridad reconocida puede ser emulada y aun suplantada por otra superioridad reciente. «Cuando un árabe con una escolta, compuesta sólo de sus parientes, ha dirigido *razzias* afortunadas, se unen á él sus amigos, y si continúa obteniendo triunfos, adquiere la reputación de tener buena suerte y crea de este modo en la tribu una autoridad secundaria ó inferior (6).» En Sumatra «el tono de mando, las maneras insinuantes, la palabra fácil y abundante, la perspicacia y la sagacidad para resolver las dificultades en las disputas, son cualidades que casi siempre proporcionan al que las posee un respeto y una in-

(1) Bancroft, obra citada, I, 123.

(2) Idem id., I, 348.

(3) Wilkes, *Narratives in United States Exploring Expedition*, IV, 475.

(4) Bancroft, obra citada, I, 508.

(5) Henglin, *Rise in das Gebiet der Weissen Vil*, 1869, 195.

(6) Burckhardt, obra citada, I, 300.

fluencia tal vez mayores que los que consigue un jefe reconocido» (1). Entre los tonganos y los dayakes se observan ejemplos análogos.

Desde los orígenes de la sociedad, el principio de la fuerza es también el principio de la organización. La autoridad de un jefe político, cualquiera que sea, se adquiere por una aptitud especial que se manifiesta en forma de edad más avanzada, de mayor valentía, de voluntad más enérgica, de saber más extenso, de ingenio más agudo ó de mayor riqueza. Pero la supremacía que depende de cualidades personales es evidentemente pasajera. Está expuesta siempre á sucumbir ante la de un hombre más apto que puede surgir de un momento á otro, y aun cuando no desapareciera por esta causa, la muerte le pondría fin inevitablemente. Debemos, pues, investigar cómo se crea la institución permanente de la jefatura. Pero antes conviene examinar á fondo las dos clases de superioridad que conducen especialmente á esta institución y la manera cómo ejercen su influencia.

§ 473. Si el vigor corporal es una causa de predominio, dentro de la tribu, en ocasiones que diariamente se reproducen, con mayor motivo lo es en la guerra, cuando va unido á la valentía. La guerra da por resultado la consolidación cada vez mayor de una autoridad naciente de esta clase. Por repugnancia que sientan los miembros de la tribu á reconocer la autoridad de uno de ellos, este sentimiento se borra ante la necesidad de verse seguros, cuando puede contribuir á ello la jefatura.

La elevación al poder del guerrero más fuerte y más valeroso es espontánea en un principio y luego la hace

(1) Marsden, *History of Sumatra*, 211.

más definida el común acuerdo. Á veces se exigen ciertas pruebas. En Australia, donde un guerrero «es estimado por los demás en proporción á su destreza en lanzar ó en esquivar un venablo» (1), es posible que la mayor capacidad para la guerra, acreditada por un guerrero, sea la causa de la autoridad temporal que se le concede. Vemos también esta génesis natural del mando entre los comanches, tribu en la que cualquiera que se distingue apoderándose de «muchos caballos y muchas cabelleras puede aspirar á la categoría de jefe, á la que poco á poco le va elevando la voluntad popular» (2). Sin embargo, lo más común es que la elevación del jefe sea efecto de una elección deliberada, como ocurre entre los cabezas-chatas, entre los cuales «nadie ejerce autoridad, fuera de los jefes militares» (3).

En ciertos casos se ponen á prueba la fuerza, la destreza, el valor y la paciencia del que ha de ejercer el mando. En las islas de Tonga el rey tiene que sufrir una de estas pruebas; se le tiran tres lanzas que debe esquivar. Entre los dayakes de la costa, es cualidad necesaria en un jefe militar la de saber subir por una cucaña bien untada de grasa (4). Saint John refiere que, en ciertos casos, «era costumbre, cuando se quería elegir jefe, que los rivales fueran á buscar la cabeza de un enemigo; el primero que volvía con este trofeo era proclamado vencedor» (5).

La necesidad de tener un jefe útil produce también el resultado de restaurar la institución de la jefatura

- (1) *Transactions Ethnological Society*, New Series, III, 250.
 (2) Schoolcraft, *Expedition to the Sources of Mississippi*, 1855, I, 231.
 (3) Bancroft, obra citada, I, 275.
 (4) Hugh Low, *Sarawak*, 209.
 (5) St. John, *Life in the Forest of Far East*, I, 223.

donde quiera que se ha hecho nominal ó se ha debilitado. «La experiencia, dice Edwards, ha enseñado á los caribes que la disciplina es tan indispensable como el valor; eligen á sus capitanes con gran solemnidad en las asambleas generales y someten á los aspirantes á pruebas de una barbarie odiosa (1).» Otro tanto pasa entre los abipones, «que no temen á su cacique como juez ni le honran como á señor; pero le siguen como jefe y soberano á la guerra cuando hay que atacar ó rechazar al enemigo» (2).

Estos hechos y otros análogos traen consigo tres consecuencias relacionadas unas con otras. Primera, que la continuidad de la guerra engendra la continuidad del poder del jefe. Segunda, que á medida que aumenta su influencia como caudillo militar afortunado, la va adquiriendo también como jefe civil. Tercera, que esta unión entre la supremacía militar y la supremacía política se conserva durante las subsiguientes fases de la evolución social. No es sólo entre los hotentotes y los malgachos, etc., donde se pone el jefe ó el rey á la cabeza del ejército, ni tan sólo en pueblos semicivilizados, como los antiguos peruanos y mejicanos, se ve al monarca asumir las funciones de general en jefe; la historia de las naciones que han desaparecido y de las existentes ofrece abundantes ejemplos de este hecho. En Egipto «el papel de rey y el de general eran inseparables en los tiempos primitivos» (3). Las esculturas y las inscripciones asirianas presentan al soberano despótico con los rasgos de un soldado vencedor, y otro tanto puede decirse de los documentos hebraicos. La supremacía civil y la

- (1) Edwards, *History of the British West Indies*, I, 48.
 (2) Dobrizhoffer, obra citada, II, 103.
 (3) Taylor, *Student's Manual of Ancient History Egypt*, 1843, 16.

supremacía militar se hallaban unidas entre los griegos de Homero; en la Roma primitiva «el general era de ordinario el mismo rey» (1). No se necesitan ejemplos para recordar que lo propio ha pasado en Europa y pasa todavía en los pueblos más militares.

¿Cómo se derivó de la autoridad militar una autoridad de género más amplio? En las sociedades que carecen de historia no puede verse esto fácilmente. Sólo podemos conjeturar que, cuando el guerrero ó jefe victorioso adquiere mayor autoridad coercitiva, se impone en los asuntos civiles una regla más firme. Tenemos pruebas de que así fué en los pueblos históricos. Según Sohm, las invasiones romanas produjeron entre los germanos el resultado de que la autoridad real se confundió con el mando (que se hizo permanente) del ejército y se elevó, por lo tanto, á la categoría de una institución del Estado. La subordinación militar al rey favoreció el progreso de la subordinación política. La monarquía posterior á las invasiones es una monarquía armada de derechos soberanos, una monarquía en el sentido moderno (2). «Análogamente, según Ranke, la monarquía francesa, durante las guerras con los ingleses en el siglo xv, al mismo tiempo que combatía por su propia existencia, adquirió por efecto de la lucha una organización más sólida. Los recursos á que se acudió para sostener la guerra se convirtieron, como en otros casos importantes, en instituciones nacionales (3).»

La carrera de Napoleón y la historia reciente del imperio alemán nos ofrecen dos ejemplos modernos

(1) Mommsen.

(2) Sohm, *Die Fränkische Reichs und Gerichts verfassung*, 1871, I, 9.

(3) Ranke, *Histoire de France*, principalmente durante los siglos xvi y xvii, traducción francesa, 1854, I, 53.

de la relación que existe entre la guerra afortunada y la consolidación de la autoridad política.

Así, pues, el gobierno de la sociedad, nacido de ordinario de la influencia adquirida por el guerrero más poderoso, más audaz y más apto, se establece cuando la guerra da ocasión para que se manifieste y se imponga la superioridad de este guerrero y después el desarrollo del poder político conserva su primitiva relación con el ejercicio de las funciones militares.

§ 474. Se formaría, con todo, una idea equivocada acerca del origen del Gobierno si sólo se tuviera en cuenta la citada fuente de autoridad. Hay otra influencia de extraordinaria importancia, ya obre sola, ya unida á la que acabamos de estudiar: es la influencia del hechicero.

No puede afirmarse que nazca tan pronto como la otra, puesto que no puede producirse hasta que se forma la teoría animista. Pero desde el instante en que aparece la creencia en los espíritus de los muertos, el hechicero, que pretende gobernar á estos espíritus y que sabe inspirar fe en sus pretensiones, impone la obediencia por medio del temor con que se le mira. Se cuenta que entre los thliukits «la obra maestra de un hechicero consiste en hacer pasar á uno de los espíritus á quienes domina al cuerpo del individuo que no quiere creer en sus poderes, haciendo que el embrujado pierda el sentido ó caiga al suelo presa de convulsiones» (1).

Esto da idea del terror que puede inspirar el hechicero y de la autoridad que por este medio adquiere. Desde las razas más inferiores á las más elevadas, todas ofrecen pruebas de ello. Fitzroy dice que entre

(1) Bancroft, obra citada, III, 148.